

# Avelino Hernández

DESDE SORIA AL MAR

*Teresa Ordinas Montojo*



«En cualquier caso, te diré que no es en primavera, sino en invierno, en las noches más crudas del invierno, cuando alcanzan toda su fuerza de sugestión y de magia este monte pelado y esta ermita. En las noches rasas de invierno. Cuando una luna yerta de plata agria refleja sobre esta desnudez charcos de hielo».

Avelino Hernández Lucas

*Donde la vieja Castilla se acaba* [1995]

# Obertura

NO PUEDO EVOCAR a Avelino sin revivirme a la vez.

Había una comunión muy grande entre ambos: gustos y aficiones muy coincidentes, ideología, vitalismo, forma de ver el mundo...

Me han dicho que tal vez no sea la persona adecuada para escribir su biografía. Francamente, no lo sé, pero mantengo –al menos– que nadie conoce como yo las claves de su vida. Pues la intimidad es siempre el cuarto de atrás de todo creador.

Sé que no soy escritora, por eso he asumido el reto de dar a conocer a Avelino desde la mejor naturalidad que he sabido adoptar, y sin recurrir a un solo artificio. La redacción de estas notas me ha hecho revivir nuestra convivencia, no con nostalgia, sino con alegría, como si volviera a hablar con él y estuviera de nuevo presente. Tras estos años, Avelino se me había desdibujado un poco, jamás olvidado. Estas páginas han servido para volver a reenfocar nítidamente su imagen.

¿Cómo era? ¿Y cómo fui yo con él?

Me interrogo mientras intento escribir...

Convivimos treinta y dos años, desde que él tenía veintiséis, y no puedo ver su vida sino indisolublemente unida a la mía. Como si ambas formaran una amalgama inseparable, una única estructura. Y como si los años que han pasado desde su muerte, si acaso, hubieran erosionado un poco la pieza.

Esos treinta y dos años fueron los de mayor peso en la vida de cada uno: forjándonos, haciéndonos y madurando juntos.

Pongo mis (nuestras) canciones mientras proceso las fotos recientes. Y me saben a Selva, me huele a nuestro «ateneo» de Selva, con Avelino en su mesa, yo en la mía; cada cual a lo suyo. Un espacio tan amplio que nos permitía estar cada uno aislado del otro y a la vez presentes.

Solo cuando habían transcurrido algunas horas de trabajo individual nos mirábamos, sonreíamos, hablábamos...

Decididamente, voy a estar con él mientras escribo estas páginas. O mejor dicho: es él el que acaba de sentarse a mi lado...

#### AGRADECIMIENTOS:

Durante la confección de esta biografía he recibido la ayuda y el estímulo de personas muy queridas, singularmente los miembros de mi familia (de sangre y política); pero también amigos que me ayudaron a encauzar el texto: Alejandro Padrón, Coca López Juderías o Marta Cobos. En esa misma tarea hay un recuerdo especial para mis sobrinos Miguel Ordinas Merino, apasionado lector de Avelino, y para Joan Bennassar, con el que tanto hemos caminado juntos.

Una vez concluido el borrador, pensé que sería bonito invitar a «compañeros» del itinerario vital de Avelino a que trazaran también su personal (y necesariamente breve) semblanza. Así llegaron los textos de Gustavo Catalán, Miguel Ángel Ordinas Montojo, Manuel Guedán, Carlos Colomo, Miguel Ordinas Merino, Joan Bennassar, Julio Llamazares, María Jesús Brezmes, Jesús Martínez, Fernando Cembranos, Lourdes Durán, César Millán, Cristina Cerezales, Carmelo Romero e Ignacio Sanz. Estoy en deuda con todos ellos por sus cariñosas y agudas apreciaciones.

Para conseguir un desarrollo coherente del reportaje fotográfico, solicité, de nuevo, la ayuda de familiares y amigos que rebuscaron en sus álbumes particulares: Joan Bennassar, César Sanz, Cristina Cerezales, Julia Isern, Paco Lucas, Toni Cardona, Iñaki Ustarroz... Espero no traicionar ahora sus desvelos con un olvido.

Y, por supuesto, le agradezco al editor que creyera en mí.



PRIMERO

Empiezo por el final



EL AÑO 2003 TRANSCURRÍA casi como de costumbre.

La tranquilidad reinaba en nuestra casa.

Y la alegría...

Reíamos muchísimo.

Jugábamos al billar casi todos los días.

Leíamos, fanáticamente, de todo.

También veíamos cine. Nos fuimos haciendo con una buena colección de películas de los años treinta, cuarenta y cincuenta del siglo XX... A una hora apropiada de la noche nos poníamos ante la pantalla del televisor, a menudo con un chupito de orujo. Los comentarios quedaban guardados hasta la mañana siguiente: durante el largo desayuno urdiríamos nuestro particular cinefórum. Mientras, los pájaros daban cuenta del alpiste que acabábamos de dejar en los comederos de la terraza.

Por entonces yo estaba en situación de paro laboral, lo que me permitió una serenidad y dedicación que los dos necesitábamos. Ahora bien, cuando Avelino descubrió que yo abandonaba también alguna de mis actividades –sobre todo la fotografía– fue contundente: «Ni se te ocurra dejar ninguna cosa de las que venías haciendo hasta ahora». Pensé que tenía razón y, como se demostró después, le ayude mucho más cuando reanudé mis asuntos.

Después de haber recorrido media España –Madrid, Sevilla, Barcelona, Aranjuez, Valladolid...–, en 1996 decidimos asentarnos en Selva, un pueblecito en la falda de la sierra de Tramontana de Mallorca –mi isla natal–. Había sido una opción meditada: Avelino requería un espacio que le permitiera dedicarse a la literatura con sosiego. Habíamos barajado diferentes opciones. Teníamos ojeados ya algunos pueblos de Ávila, de Segovia... Pero fue él quien se inclinó por el Mediterráneo.

Muchos amigos no se podían creer que la sobriedad castellana de Avelino hubiese elegido «una isla tomada por los alemanes», y me achacaron a mí tal decisión.

Nos reíamos.



Alemanes hay, pero también una mayoría de mallorquines y muchos peninsulares, y extranjeros, claro... Hemos hecho muy buenos amigos entre toda esta pequeña torre de Babel.

Restauramos un viejo caserón con amplios espacios para la biblioteca y un par de mesas de trabajo: «el ateneo». Tenía contigua una parcela con algunos árboles y un pedazo de huerta por donde corría el agua.

Andábamos, casi todas las mañanas, aquellos caminos inolvidables de Caimari, Binibona, Mancor, Biniamar. En un lugar del sendero, Avelino necesitaba sentarse a descansar: «Sigue tú, espero a que vuelvas».

Después de la lluvia, cogíamos caracoles en nuestro huerto, como niños felices tras la cosecha. Guardo un cuaderno escrito a mano de recetas recogidas por Avelino. La de caracoles no tiene desperdicio... Lo contaré luego.

Me acompañaba a fotografiar los temas que me traía entre manos y que luego trabajaría en mi laboratorio. Cuando tenía las copias reveladas y extendidas para que se secaran, acudía Avelino, mi gran crítico. Comentábamos acerca de los contenidos, la composición, la luz, los encuadres... No dudaba en censurar una imagen que no le gustara; pero cuando pretendía elogiarme jugaba con los argumentos (casi siempre era así). Quizá nunca me haya sentido tan llena con esa labor apasionante y creativa como aquel año.

Avelino escribía y escribía. Descansaba un poco. Y leía muchísimo. Tenía predilección por los clásicos grecolatinos.

Entonces apenas teníamos visitas en casa. Y el teléfono normalmente lo atendía yo. Era su cancerbera. Al principio, envié un correo a familiares y amigos con un mensaje claro y conciso:

En esta casa no se puede preguntar por la salud de sus moradores ni se permiten llamadas pasada la «horabaixa».

Los amigos se comportaron de manera extraordinaria. Gustavo Catalán —oncólogo, escritor y buen conversador— fue su confiden-



*En una de las escalinatas de los jardines de Raixa.*

MALLORCA

te y le ayudó mucho. Carles Amengual –homeópata residente en Selva– le visitaba muchas tardes: «Yo no te voy a curar, pero sí te puedo ayudar». De hecho, nos asesoró en la alimentación para fortalecer el sistema inmunológico. También una oncóloga que vivía en Selva, Isabel Garau, venía a menudo a ver cómo se encontraba. Trabajaba en el hospital de paliativos donde terminaría muriendo Avelino. El trato fue siempre exquisito.

Establecimos una consigna: «Un día mejor que el otro».

Le habían dado el diagnóstico el 20 de mayo de 2002. Creo que no merece la pena contar las primeras reacciones y pensamientos que se nos pasaron por la cabeza. Pero sí que por entonces me era imposible creer que Avelino desaparecería. La palabra cáncer no había adquirido aún su amarga oscuridad.

Después de pasar unos días digiriendo la noticia, Avelino decidió informar a la familia y a algunos amigos íntimos; pocos.

En Palma se lo contó a mis hermanas Encarnita y Maripaz. Pero a mi madre, no; le acababan de diagnosticar también a ella un cáncer de esófago y no quisimos preocuparla más (murió cinco días antes que Avelino). Sin embargo, con esa perspicacia propia de las madres, comenzó a sospechar, porque apenas si íbamos a verla; así que no me quedó más remedio que informarle. Se quedó seria y callada, y solo contestó: «Se curará, ya lo verás». Asentí.

Poco después marchamos a Madrid.

Cenábamos en casa de mi hermano Miguel Ángel y su mujer Concha; estaban también sus hijos, Miguel y Juan, y mi sobrina Julia con su hijo Héctor, cuando un sereno Avelino les explicó la situación. «¡Que no quiero lágrimas!», dijo muy serio, pero como es lógico, alguna cayó. Después continuamos charlando como si no hubiera pasado nada. Al día siguiente, comimos con nuestro amigo Jos Sagüés (que fallecería también de cáncer en 2014). Y por la noche, cenamos en casa de Cristina Cerezales, Toni Custodio y su hija Andrea. En ambos casos se repitieron escenas parecidas, con dolor, pero sin nada de dramatismo.

Avelino intercambió cientos de correos electrónicos con amigos y familiares.

El 12 de junio de 2002 le escribía a Cristina Cerezales:

Voy reaccionando como un roble auténtico al interferón. Escribo, salimos, reímos y vemos cine. Teresa ha encontrado una finca por aquí cerca donde venden productos ecológicos de todo tipo: algas, aceite, cuscús, verduras, legumbres... Si hubiera de hacer caso de cómo me siento física y anímicamente, tendría que decir que estoy mejor incluso que cuando nos vimos. No entiendo por qué me dicen que estoy mal. Los temidos efectos secundarios brillan por su ausencia. Debe de ser que tengo el organismo saneado con el frío del Moncayo y de la infancia en Valdegeña. En vista de lo cual, estoy escribiendo, sigo con el huerto, salimos con las bicis, vamos al mar, recogeremos «murta» en la Fira de Ses Herbes, y saldremos en la procesión marina de los pescadores en el puerto de Alcudia...

En otoño del 2002, nos fuimos unos días a Menorca.

En enero del 2003 nos embarcamos en una pequeña obra en la casa: la ampliación de mi laboratorio fotográfico con una enorme pila y buena encimera. No se nos pasaba por la cabeza que el disfrute de esas mejoras pudiera durar unos pocos meses.

Pretendimos ir a Córcega en febrero, pero el oncólogo nos lo desaconsejó: «No es prudente, id a un lugar más cercano y fácil...».

Ese mismo mes apareció en Espasa *La señora Lubomirska regresa a Polonia*, la última novela que sostuvo en las manos.

Copio palabras del propio Avelino:

En mayo del 2003, vía Barcelona y con nuestro coche, fuimos a Valdegeña; convoqué a mis hermanos y a algunos de Teresa a comer. Me preguntaron qué comida quería. Dije que los canutillos que preparaba Laura. No hubo lágrimas, por fortuna.

Nos acercamos a Gredos, nuestro refugio en El Tremedal, pasando por Segovia, donde nos paramos en casa de Ignacio Sanz y Claudia de Santos (esta, con un cáncer de pulmón, estaba en tratamiento).

*En nuestro rústico y apacible refugio en plena sierra de Gredos.*

EL TREMEDAL





*Ricardo Hernández y Carlos Colomo emplazando el busto de Avelino.*

VALDEGEÑA

Quise así despedirme de los más íntimos. A la vuelta de este viaje una nueva revisión ofreció el pronóstico definitivo. Al día siguiente le dejé esta nota en la mesa de Teresa: «Me he levantado feliz. Y, mientras te espero, nada me duele, sino el saberte demostrar lo que significas para mí y cuánto te quiero. Avelino, 20 de mayo 2003 (primer aniversario).

La casa de El Tremedal (Ávila) era una ruina que habíamos comprado en 1989 y pudimos reformarla en 2000. Pequeña, con dos alturas y una terracita que daba a uno de los valles de la sierra de Gredos. Rústica y con una chimenea en cada planta. Los alrededores ofrecían unos apacibles senderos de los que gozamos muchas veces. Fue nuestro refugio..., pero apenas durante dos años.

Avelino se despidió también de Mariano, el joven alcalde del pueblecito.

Regresábamos a Barcelona para coger el barco a Palma y tuvimos que hacer noche en el camino. Avelino estaba ya muy cansado. En la estación marítima del puerto le encontré muy triste. Y le pregunté... Mientras yo compraba material fotográfico en las Ramblas, se recostó en uno de los bancos públicos. Y por alguna extraña razón, aquello le había parecido fatal a alguien que se lo afeó. Desconcertado, Avelino no pudo reaccionar a tiempo y la situación le humilló.

Aquella confidencia me dejó indignada; pero no por la torpeza del anónimo ciudadano —¿qué sabría él del cansancio de Avelino!—, sino porque por primera vez atisbé el daño moral que también causaba la enfermedad.

Ahora, mientras redacto estas notas, todo aquello me parece increíble. No sé cómo fuimos capaces de mantener una existencia tan plena después de un diagnóstico cuya irreversibilidad estaba avisada desde el principio. Desconozco el mecanismo que, aun así, nos permitió llegar al culmen de nuestra vida en pareja. Pero ocurrió; y con toda naturalidad.

Fueron catorce meses de una existencia pausada, serena, llena de pormenores entrañables, de gestos y guiños cuajados de humor, de intentos por complacernos mutuamente...

Solo en una ocasión, Avelino me afeó que estuviera tan activa; le debía poner nervioso. Y era cierto, yo subía y bajaba escaleras, cambiaba cosas de un lado a otro, me movía sin parar...

Fueron catorce meses de una felicidad inconcebiblemente rara.

Creo que, en el fondo, tanto él como yo creíamos firmemente en que superaríamos la enfermedad; que se salvaría...

Y eso nos salvó a los dos.

Hasta el 17 de julio de 2003 Avelino y yo bajábamos diariamente al mar a bañarnos.

Pero el 22 de julio de 2003, a las dos de la tarde, el organismo de Avelino Hernández Lucas dejó de existir.

Y con él, una parte de mí.

## HASTA LA DESPEDIDA

*Me lo anunciaste un viernes. «Es tiempo de partir –dijiste– porque ya estoy preparado».*

*Pero yo no, Avelino.*

*Aunque lo callase entonces.*

*Nunca lo estuve tras el fatídico diagnóstico que, como médico y amigo, debí comunicarte meses antes, sentados en la terraza de aquel hotel que no he vuelto a pisar por evitar que se repita el nudo en la garganta.*

*Ya no estás entre nosotros ni puedo regresarte por más que te conjure. Y es en esos ratos cuando envidio la fe para poder creer que aguardas reencontrarte con quienes te quisimos. Pero no te has borrado –nunca sucederá– y permaneces en la memoria de aquellos ardientes diálogos que manteníamos a propósito de la literatura y sus aledaños... Que si era buena herramienta para modificar el curso de la historia o en absoluto... Que si los neologismos enriquecían el lenguaje o más bien lo contaminaban... Temas sabidos, sí, pero nos generaban tal pasión que hubimos de citarnos en la estación de tren; y viniste de Selva, el pueblo donde vivías, para firmar una paz transgredida de nuevo al poco.*

*Y ausente desde que nos faltas.*

*Siempre te quise en guerra. Militante. Comprometido con la justicia, con la razón, con quien necesitase tu aliento solidario y, sobre todo, comprometido contigo mismo. Como eras, Avelino, cuando sano y aun después, en el año y pico de pelea contra el progresivo deterioro que sobrellevaste sin un paso atrás. Nadie podría haber ido más allá que tú a las riendas de aquel mal desbocado... Teresa me contó que, hasta unos días antes del final, tenías el coraje de seguir metiéndote, a pasitos cortos y con bastón, en el mar que tanto amabas.*

*Imagino que los recuerdos que atesorabas –Castilla, la Fuentona de Soria, los novelados hijos de Jonás, quizá el Pico, el Campo del Agua o aquella casa en la orilla de un río– seguían dibujados en el horizonte; pero de ser tus amigos quienes rememorases, no habrías*

*podido marcharte de la playa hasta las tantas ni te habría bastado lo que da una tarde entera para responder a sus abrazos, así que debiste dárselo a cada uno en días sucesivos y también a mí: en la penumbra de la sala donde antes escribías y a la que me llamaste la tarde de aquel viernes.*

*«Me emocionaré un poco al hablar de nosotros», anticipaste.*

*Tuve que levantarme y mirar por la ventana, para ocultar a tu vista los ojos empañados. Y tras breves minutos, el roce de las manos durante unos instantes que no me bastaron. Después, tras partir, la imaginación a vueltas con aquellos brindis tan largos –antologías de deseos que nunca anoté–, Calatañazor por Todos los Santos, o cuando nos llevaste, años atrás, sentados a manteles y entre metáforas, a Estrómboli la noche aquella de la tormenta.*

*Elegiste el momento para marcharte, con pulso de hombre libre y hasta el umbral del sueño definitivo. Entero y dejándonos tu sonrisa y el desvelo de la añoranza.*

*El médico cumplió como habíamos convenido, pero el amigo que fui, ha quedado atragantado por las muchas palabras que no acertó a decir cuando aún era tiempo. Y de entre ellas, las que desde tu desaparición física siguen subrayando la nostalgia de nuestra profunda amistad.*

*Que te echo de menos.*

**Gustavo Catalán**